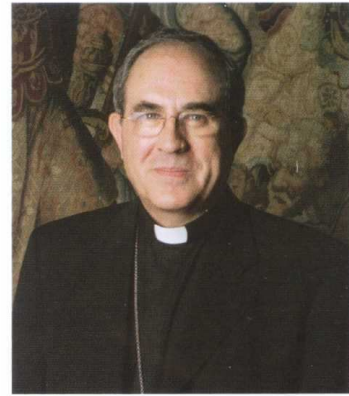


Al comienzo del curso pastoral 2008-2009



QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. Inicio mi carta pastoral de comienzo de curso saludando cordial y fraternalmente a todos los sacerdotes, consagrados, seminaristas y laicos cristianos de nuestra Diócesis. Cuando estamos en la fase final de elaboración del nuevo Plan Pastoral Diocesano, que estará centrado en la Eucaristía y en el servicio a los pobres, y que tendrá una vigencia de cinco años, publicamos la programación para el primer año, el curso pastoral 2008-2009, que nos disponemos a iniciar con la ayuda del Señor. Nos mueve la certeza que infunde en nosotros su palabra: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt 28, 20*). Esta palabra la vemos cumplida en la Eucaristía, en la que descubrimos su presencia misteriosa pero real y verdadera.

2. El objetivo general del nuevo Plan será celebrar y vivir la centralidad de la Eucaristía en la vida y en la misión de la Iglesia, pues siendo “sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre” (Benedicto XVI, Exh. Ap. *Sacramentum caritatis*, 14). La Eucaristía y la escucha atenta de la Palabra de Dios dentro de la celebración han de constituir el venero escondido que refresca y sostiene nuestra vida cristiana y nuestra vocación personal a la santidad.

3. En los próximos años tendremos que empeñarnos a fondo en acoger la llamada que la Iglesia nos ha hecho destacando la importancia y valor de la Eucaristía en la vida y misión de la Iglesia y de cada uno de los creyentes. En esta programación para el curso 2008-2009, en comunión con toda la Iglesia, anticipándonos a la publicación del nuevo Plan Pastoral, acogemos ya las indicaciones y sugerencias de su Magisterio, que en numerosos documentos nos está señalando la importancia de este sacramento, en el que Jesús sigue amándonos hasta el extremo de donarnos su cuerpo y su sangre. Los dos últimos Papas, Juan Pablo II en sus cartas apostólicas *Dies Domini*, de 31 de mayo de 1998, y *Mane nobiscum Domine*, de 7 de octubre del 2004, y en su última encíclica *Ecclesia de Eucharistia*; y Benedicto XVI, en su exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, en la que se recogen las conclusiones de la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, dedicada de manera monográfica a la Eucaristía, han resaltado la centralidad e importancia de la presencia del Resucitado entre nosotros, de manera peculiarísima en el misterio eucarístico. Otro tanto ha hecho nuestra Conferencia Episcopal en su vigente Plan Pastoral, centrado también en el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor. En la citada carta *Mane nobiscum Domine*, partiendo del encuentro de Jesús Resucitado con los discípulos de Emaús, Juan Pablo II quiso destacar que en el momento presente, Jesucristo Resucitado sigue recorriendo los caminos de la historia, acercándose a nosotros y haciéndose compañero en nuestro caminar, explicándonos las Escrituras y partiendo para nosotros el Pan Eucarístico.



4. De múltiples modos, la vida de la Iglesia y de sus miembros va creciendo desde el

alimento que, como sarmientos, recibimos de la vid que es Cristo (*Jn 15, 1-10*). Hemos conocido el amor de Dios que se ha manifestado en Cristo Jesús: “como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor” *n 15, 9*). No es posible ser cristiano sin Cristo; no se puede ser auténticamente discípulo de Cristo, y dar los frutos que cabe esperar de un discípulo, sin vincularnos personalmente con el Señor resucitado, a través del sacramento que El mismo ha instituido para estar con nosotros hasta el final de los tiempos. El culto público y a puertas abiertas que celebra la Iglesia en cada Eucaristía debe resplandecer cada vez más en nuestra sociedad como el gran misterio que tenemos los cristianos, nuestro mayor tesoro y nuestra mayor y más auténtica riqueza, un tesoro que queremos anunciar y compartir con nuestros conciudadanos. Para aquellas personas que contemplan a la Iglesia con indiferencia, y para otras muchas que acuden a ella esporádicamente y por razones sociales para asistir a la celebración de algún sacramento, la contemplación del misterio de nuestra fe debería ser una invitación elocuente y atractiva a encontrarse con el Dios vivo y verdadero que ha querido quedarse con nosotros, que nos reúne como amigos en torno a la mesa fraterna para alimentarnos en la doble mesa de la Palabra y la Eucaristía y que nos impulsa a la misión evangelizadora.

5. Para quienes presidimos cada día la Eucaristía y para quienes acuden asiduamente a su celebración, el curso que comenzamos, con las prioridades pastorales que señalamos, debe constituir un periodo de gracia que renueve nuestra participación en este sacramento admirable, que cada día debe ser más profunda y verdadera, un auténtico encuentro con el Señor, que nos transforme y haga nuestra vida más acorde con lo que celebramos. Cuando decimos antes de comulgar “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”, debemos tomar conciencia de la real necesidad de conversión que todos tenemos cuando nos acercamos a la mesa eucarística, como una disposición que nos prepara para que la acogida de Cristo pueda transformarnos interiormente. Nuestra presidencia de la Eucaristía como sacerdotes, de acuerdo con la mente y las normas litúrgicas de la Iglesia, y nuestra activa participación como fieles laicos debe alentar en nosotros un crecimiento constante en la vida cristiana, de modo que nuestra propia vida como discípulos del Señor, sea la mejor invitación para que cada vez sean más los que se sientan convocados a sentarse con nosotros en el banquete eucarístico.

6. En la Eucaristía descubrimos a Jesucristo que viene a nuestro encuentro como lo hizo con aquellos discípulos abatidos que huían de Jerusalén después de su pasión y muerte. Hoy también son muchos los católicos que, como los de Emaús, caminan desalentados, como consecuencia de problemas personales, familiares o laborales; que caminan desesperanzados o encogidos ante



el avance de la secularización y que temen por el futuro de la sociedad cristiana que ellos han conocido. Son también muchos los católicos inmersos en dudas acerca de su fe y sometidos a numerosas tentaciones. Muchos hermanos nuestros recibieron una formación suficiente para recibir la primera Comunión, pero deficiente para afrontar el resto de su vida. El proceso de formación en la fe se interrumpió cuando precisamente era más necesario, en la adolescencia y juventud, en la adultez, en la vida matrimonial y familiar, cuando arrecian las dificultades laborales o en la educación de los hijos, y es mayor la influencia de la nueva cultura inmanentista. El alimento eucarístico dejó de ser, a partir de la

infancia el alimento fundamental para muchos creyentes que han visto como su fe ha ido perdiendo vigor, fortaleza y coherencia. Para muchos cristianos, la primera comunión

permanece como un bello y nostálgico recuerdo que, sin embargo, no ha tenido, por desgracia, continuidad.

7. La participación frecuente y fructuosa en la Eucaristía es el mejor termómetro para conocer la temperatura de nuestra fe personal y comunitaria, y un signo de madurez en la vida cristiana. Por ello, todos, y de una manera especial los sacerdotes, hemos de hacer cuanto esté a nuestro alcance para que nuestros fieles descubran la trascendencia de la Eucaristía. Es urgente incrementar la labor pastoral con aquellos fieles que apenas acuden a ella, porque no han conocido al Señor, su Evangelio y sus enseñanzas, de una manera seria y profunda. En el ambiente de secularismo e indiferencia que nos rodea, no faltan quienes que, como los de Emaús, sienten la tentación de apartarse de la Iglesia y de la comunidad de los discípulos, renunciando a su bautismo y a su identidad eclesial. Es necesario fomentar la atención pastoral de estos fieles, aprovechando los cauces tradicionales y abriendo otros nuevos, para que quienes un día fueron bautizados y recibieron la semilla de la fe, puedan hoy volver a escuchar de manera personal la palabra del Señor. Hagamos, pues, todo lo posible para reavivar los rescoldos de una fe recibida al amparo de la tradición familiar o cultural, que no ha crecido de manera integral y progresiva, y que, a veces, es mantenida por una inercia, que el ambiente social y cultural actual puede apagar definitivamente. Hemos de procurar además que aquellos cristianos que tienen una fe poco formada, con escasa identidad eclesial y desvinculada de la vida sacramental, se preocupen seriamente por su formación cristiana para que la vivencia de su fe crezca en calidad. Los pastores de la Iglesia, que hemos recibido la misión de apacentar al Pueblo santo de Dios, tenemos la gravísima responsabilidad de aprovechar las múltiples ocasiones pastorales que se nos ofrecen para evangelizar a los alejados, para remover los rescoldos de la fe de los no practicantes y para ayudar a los fieles a afrontar y superar con reciedumbre las dificultades del momento presente, para que vivan con esperanza y alegría como discípulos del Señor, renovándose en la fe, celebrando los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la penitencia, y viviendo la vida nueva y el mensaje del amor.

8. De una manera especial es necesario seguir insistiendo en la recuperación del sentido cristiano del domingo, el día primordial de los cristianos, el día del Señor resucitado y del don de su Espíritu, y el Señor de los días. El domingo es la pascua de la semana, el día en el que el Señor pasa a la vera de nuestras vidas para transformarlas y renovarlas. Por ello, es el día en que todos estamos invitados a vivir la alegría de la salvación, a incrementar nuestra formación cristiana, a vivir con gozo la vida familiar, más difícil hoy en el curso de la semana, a hacer obras de caridad con los pobres y los enfermos y a gozar de la naturaleza, don de Dios. Es urgente seguir insistiendo, sobre todo, en la importancia de la Eucaristía dominical, mejorando la celebración y subrayando su dimensión evangelizadora. “No sabemos qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, —nos dejó escrito el Papa Juan Pablo II— pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de Cristo, el «Rey de Reyes y Señor de los Señores» (Ap 19, 16) y precisamente celebrando su Pascua, no sólo una vez al año sino cada domingo (NMI, 35). Todos hemos de procurar, nos dice también el Papa, que “la participación en la Eucaristía sea, para cada bautizado, el



centro del domingo. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. (...) La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el *día del Señor* se convierte también en el *día de la Iglesia*, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad” (NMI, 36).

9. Por desgracia, son muchos los cristianos que a pesar de vivir inmersos en un ambiente cultural de raíces cristianas, desconocen la riqueza espiritual que entraña la reunión eucarística dominical. Muchos desconocen la riqueza que encierra el domingo, viviendo el fin de semana sin ninguna referencia religiosa, excluida también la relación con la fiesta de la fe que es la Eucaristía. Ni siquiera el descanso vinculado al domingo tiene relevancia, pues para muchos jóvenes es tiempo de frenética evasión nocturna alimentada por los estimulantes, el alcohol o las drogas, mientras para muchos adultos es un tiempo de huida y alienación al carecer de un norte que oriente su existencia. Ante tantos hermanos nuestros que afrontan la vida prescindiendo de Dios, sentimos la urgencia del mandato misionero del Señor, que nos pide: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio”, comunicando a todos lo que nosotros hemos escuchado (cfr. *Mt 28, 20*). Ante estos conciudadanos nuestros que plantean su vida y su futuro pensando que al margen de Dios, o de espaldas a El, la vida tiene un mayor sentido, pues está más llena de paz, de justicia, de libertad, de verdad, amistad, amor o belleza, debemos sentirnos urgidos por Aquél que murió y fue sepultado, y resucitado sigue acercándose de muchas maneras a una humanidad sufriente, cargada de dolores e impotente ante una muerte que frustra los mejores deseos y anhelos humanos. De un modo especial, en cada Eucaristía el Señor viene a alentarnos con la alegría de su resurrección; viene con el anuncio potente de su victoria sobre el mal y el pecado, para abrir los ojos de la fe y alentar la esperanza en el corazón de toda persona que busca sinceramente respuestas para los profundos interrogantes que la vida y los acontecimientos continuamente plantean al corazón humano.

10. Al comenzar el Tercer Milenio, el Papa Juan Pablo II nos alentaba a afrontar el reto evangelizador sin minusvalorar los problemas del momento presente, siendo conscientes de que no existe “una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una



fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!* No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Sin embargo, es necesario que el programa formule *orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad*” (NMI 29). Este precioso texto del Papa Juan Pablo II nos está diciendo que de poco sirve una programación pastoral brillante si no nos lleva al encuentro con Cristo y, en definitiva a la santidad, que

tiene que ser nuestro único anhelo y nuestra casi única obsesión.

11. Como he apuntado anteriormente, nuestro Plan Pastoral estará también centrado en la caridad y en el servicio a los pobres y los que sufren, consecuencia lógica de nuestra participación consciente y fructuosa en la mesa del Señor. En la Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, nos dice el Papa Benedicto XVI que siendo “sacramento de la caridad, la Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre” (n. 1). En la Encíclica *Deus caritas est*, nos dice además que el sacramento eucarístico entraña también una inequívoca dimensión social, “porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan... La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán” (n. 14). En consecuencia, la participación en la Eucaristía nos debe ayudar a salir de nosotros mismos para ir hacia Él, y por tanto, también hacia los que le pertenecen, es decir, hacia nuestros hermanos. Jesucristo se entrega como don amoroso en la Eucaristía para que nosotros, alimentados y sostenidos con su cuerpo y con su sangre, seamos capaces de amar al prójimo como Él nos ha amado” (Un 13,34). La Eucaristía es, por tanto, la fuente de unidad de todo el género humano, principio de amor y de servicio a los pobres y el manantial más auténtico de la justicia social. La caridad y el servicio a los pobres es, por otra parte, el criterio básico con arreglo al cual se comprueba la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas, como nos dijera el Papa Juan Pablo II en la carta apostólica *Mane nobiscum Domine* (n. 28).



12. El momento concreto que estamos viviendo encierra muchas incertidumbres para los pobres. Los próximos meses e, incluso, los próximos años, según la opinión de los expertos, y tal y como lo estamos viendo cada día, van a ser muy duros para muchas familias, que están experimentando ya las consecuencias del paro y sus secuelas de penuria, privaciones y sufrimiento. Desde las líneas maestras que ofrecerá nuestro Plan Pastoral, es preciso, pues, que nuestra Iglesia particular, nuestras parroquias, nuestra Caritas diocesana, nuestras Caritas parroquiales, los religiosos y religiosas, que tan ejemplarmente sirven a los más desfavorecidos, nuestros grupos apostólicos y nuestras Hermandades y Cofradías escuchemos el grito del Espíritu, que dama en nosotros con gemidos inefables y que da testimonio a nuestro espíritu de nuestra filiación divina y, en consecuencia, de nuestra fraternidad universal. Hemos de escuchar, pues, los gritos de los pobres, de los parados, de los sin techo, de los hambrientos, de los enfermos, de los ancianos que viven solos, de los inmigrantes, probablemente más expuestos que nadie a la precariedad y al sufrimiento. Desde el estudio serio de la situación, nuestra Iglesia diocesana debe aguzar la imaginación de la caridad con fórmulas creativas y eficaces, haciendo todos los esfuerzos que estén en nuestras manos para paliar, en lo que nos sea posible, los efectos de la crisis económica, cuyas primeras víctimas son los más pobres de nuestros hermanos. Urge, pues, y no sólo por razones coyunturales, que todos nos impliquemos en la diaconía de la



caridad, como exigencia de nuestra participación en la Eucaristía y del mandamiento nuevo del amor.

13. A lo largo del curso pastoral 2007-2008, los distintos organismos pastorales de nuestra Diócesis han venido trabajando en la elaboración de las líneas fundamentales del nuevo Plan Pastoral. En las próximas semanas terminaremos de perfilar el borrador, en el que se han tenido en cuenta las aportaciones recibidas de los distintos Consejos. Con esta programación pastoral nuestra Diócesis afronta el reto del primer año del Plan Pastoral. Estamos ante un nuevo año de gracia, una oportunidad que el Señor nos ofrece de crecer en comunión como Iglesia diocesana, trabajando todos en torno a los dos objetivos generales que nos hemos trazado, en los tres objetivos específicos del anterior Plan Pastoral, que siguen vigentes, y en los objetivos sectoriales de las Delegaciones y Secretariados que se proponen en esta programación para cubrir integralmente los distintos sectores de la pastoral diocesana. Es verdad que la riqueza de la vida diocesana es más amplia que las actividades, iniciativas y convocatorias que en este calendario se proponen, pero éstas deben ser tenidas en cuenta y secundadas por nuestros sacerdotes, consagrados y laicos, por nuestras parroquias, movimientos, asociaciones o instituciones eclesiales. Ello nos ayudará a crecer en unidad y comunión como Iglesia diocesana y también en eficacia pastoral.

14. Bajo la protección maternal de la Santísima Virgen ponemos el curso pastoral que iniciamos. A Ella nos acogemos para que nos ayude a seguir con gozo y esperanza las huellas del Maestro. El nos invita, una vez más a echar las redes confiando en su Palabra y, en compañía de María, a remar con Él mar a dentro. Deseándoos un curso pastoral lleno de frutos sobrenaturales y apostólicos, contad todos, con mi saludo fraterno y mi bendición.

Córdoba, 8 de septiembre de 2008, Festividad de Ntra. Sra. de la Fuensanta

+ Juan José Asenjo Ob. De Córdoba